



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

3ª SESIÓN IV ASAMBLEA DIOCESANA

Me gustaría empezar compartiendo con vosotros una certeza que late en el corazón de nuestra Iglesia que peregrina en Zamora, y que hoy resuena con una fuerza especial: **No es lo mismo**. No es lo mismo vivir con la luz encendida que a tientas. No es lo mismo construir la vida sobre la arena de nuestros razonamientos que sobre la roca del Evangelio.

A veces nos perdemos en grandes discursos, pero la fe, hermanos, es algo mucho más sencillo y, a la vez, mucho más radical: es un **encuentro**.

Hoy el Evangelio nos pone delante a Leví. Imaginadlo en su mesa de impuestos, rodeado de sus cuentas, quizá con el corazón un poco endurecido por el juicio de los demás. Jesús pasa. No le da una lección de moral, no le pide un currículum de santidad. Simplemente **le mira**. Y en esa mirada, Leví descubre que es amado antes de ser juzgado. Es la mirada que nos pone de pie.

Esa es la "atracción" de la que hablamos. La Iglesia no crece por propaganda, crece porque alguien se siente rescatado. Leví se levanta, lo deja todo y organiza un banquete. ¿Sabéis por qué? Porque cuando uno encuentra un tesoro, lo primero que hace es invitar a los amigos para que también lo disfruten.

Nos dice el texto que hemos reflexionado: *"Nuestro problema no es ser minoritarios, sino ser irrelevantes"*. ¡Qué verdad tan grande y qué llamada de atención para nuestra diócesis de Zamora!

A veces nos quejamos de que somos pocos, que somos mayores, de que los tiempos son difíciles. Pero escuchad bien: **la sal no necesita ser mucha para dar sabor**, solo necesita ser sal. El problema es cuando los cristianos nos volvemos "insípidos".

Ser responsable es "saber responder". Y hoy el Señor nos pide responder por este mundo que sufre. No podemos mirar hacia otro lado. San Juan

Crisóstomo nos lo recordaba con fuego: "*¡Tendrás que dar cuenta del mundo entero!*". No nos asustemos, es una responsabilidad que nace del amor, no del miedo.

Sed misioneros de lo cotidiano: Mirad a la samaritana. Era una pecadora, una marginada. Pero se encontró con Cristo en el pozo y salió corriendo. ¡No pudo callarse! O mirad a los santos que han pasado por nuestra historia: San Atilano, San Alfonso de Zamora, el beato Antonio Faundez y los mártires del siglo XX. Eran personas de carne y hueso que se creyeron que el Evangelio era verdad.

Hoy, en pleno siglo XXI, quizás no nos pidan la sangre, pero sí nos piden la valentía de soportar una sonrisa burlona o el vacío social por ser fieles a Jesús. Ese es nuestro "martirio" hoy: la fidelidad en lo pequeño, la alegría en la contradicción.

Termino con aquellas palabras de San Juan Pablo II que tanto fuego encendieron: "*Si sois lo que debéis ser... podréis incendiar el mundo*".

Hermanos, no busquemos excusas en el "siempre se ha hecho así" o en el "todo va mal". El futuro se prepara hoy. Salid de esta celebración no solo con la Eucaristía en el corazón, sino con una misión en las manos. Sed sal, sed levadura, sed esa caricia de Dios que alguien está esperando recibir hoy en la calle.

Vuelve a escuchar, como un día hizo Mateo al sentirse mirado por el Amor: **SÍGUEME.**

Que la Virgen, nuestra Madre, que supo decir "sí" con una madurez asombrosa, nos enseñe a ser esos cristianos con "mordiente evangélica" que nuestra tierra tanto necesita.

Que Dios te bendiga.